

Huellas de anteojos



Juan Sebastián Lozano Fandiño

El animal apareció en la orilla del lago. Juanita se escondió detrás de un viejo encenillo y cubrió su boca para no gritar. Con el corazón retumbando en su pecho, giró lentamente el cuello para ver a la enorme masa de pelo oscuro refrescándose en el lago. Notó que el peludo tenía unas manchas blancas en el rostro, las cuales simulaban unos anteojos alrededor de sus ojos negros. Entonces pensó que ninguna criatura con ese aspecto gracioso podía ser peligrosa. Respiró profundamente y acomodó sus anteojos empañados por el sudor. No le gustaba usarlos y nunca los había llevado a la escuela por temor a las burlas de sus compañeros; pero, en ese instante, mientras se reía en silencio detrás del árbol delgado, sintió que los anteojos no eran algo tan malo.

El animal se alejó lentamente del lago, desplazándose a paso firme por el suelo húmedo del páramo con sus cuatro patas. Al llegar a su madriguera, dos pequeños peludos se asomaron entre las hojas, las ramas y la tierra del refugio rocoso. En ese momento, Juanita, quien había seguido las huellas entre la hojarasca, se sorprendió al ver que aquella criatura imponente

era en realidad una madre. Observó a la familia deleitarse con un banquete de puyas y se asustó cuando los pequeños treparon árboles muy altos en busca de frutos. Justo antes de que el sol se ocultara, regresó al lago para descender por el camino empinado hacia la granja de su abuelo. Sus ojos brillaban intensamente debajo de los anteojos por el vívido recuerdo de aquel encuentro emocionante.

El hogar de Juanita era un caserío de cinco vecinos en el pie de páramo. Allí vivía con su abuelo Jacinto, en la granja más pequeña y productiva del lugar. Sus fértiles cultivos de papa y la alta calidad del ganado eran famosos en los pueblos aledaños. Sin embargo, pese al éxito de su granja, Jacinto estaba preocupado porque no habían nacido terneros en el último año. Gastó gran parte de sus ahorros en tratamientos de fertilidad para hacer que Estela, su vaca preferida, entrara en periodo de gestación, y, luego de varios meses de esfuerzo e inversiones, finalmente cumplió su cometido.

Cuando llegó a su vieja habitación en la cabaña de la granja, Juanita dibujó a la madre del trío carismático que había visto en lo alto del páramo. Al día siguiente, se puso los anteojos, llevó el dibujo a la escuela y se lo enseñó a su profesor, quien sonrió de emoción al verlo.

—¿Sabías que el animal grande y peludo que dibujaste es el oso andino? Aunque vive en nuestro páramo, no suele estar

cerca de los humanos. ¡Tuviste mucha suerte de poder verlo!
—exclamó el profesor con una mueca de envidia inocente.

Juanita se alegró de saber, al fin, la identidad de las impresionantes criaturas de anteojos que había visto el día anterior, así que le pidió al profesor que le contara más acerca de esa especie. Entonces se sentaron juntos en una mesa de la biblioteca e hicieron una pila con enciclopedias de fauna y cuentos sobre biodiversidad local. Mientras Juanita observaba con atención los dibujos de los libros, el profesor le explicó las particularidades del oso:

—Aunque el que encontraste tenía anteojos, hay individuos de esa especie que tienen el rostro completamente oscuro. Sin embargo, la gente los conoce como osos de anteojos por esas manchas blancas alrededor de sus ojos, las cuales son únicas en cada individuo.

—Pero, profe, si viven en nuestro páramo, ¿por qué nunca los había visto antes?

—Eso es porque son solitarios y tímidos. Además, les encanta comer frutos de árboles y también bromelias. Algunos ejemplares incluso consumen ocasionalmente carne en descomposición de animales muertos, así que prefieren mantenerse alejados de las granjas y el ganado saludable.

—Qué lástima, me gustaría verlos de nuevo --susurró Juanita en medio de un suspiro.

—Puede que los encuentres comiendo puyas cerca del lago, pero recuerda no acercarte demasiado. Si los asustas es posible que no regresen a ese lugar.

Juanita respondió con un puchero que provocó una carcajada del profesor, seguida del regaño grupal de la sala que exigía silencio. Luego de disculparse, vieron la luz naranja del ocaso que se colaba por la ventana. Juanita se despidió del profesor, pidió en préstamo dos libros sobre el oso andino y regresó a la granja dando saltos de alegría. Sin embargo, los saltos se convirtieron en zancadas presurosas al escuchar los gritos de su abuelo, quien estaba pidiendo ayuda desde el establo. Cuando la niña abrió la puerta para auxiliar a Jacinto, ni siquiera los anteojos empañados pudieron ocultar su sorpresa al ver una escena que parecía irreal: el nacimiento anhelado estaba ocurriendo ante sus ojos.

Jacinto había entrenado bien a su nieta para ese tipo de situaciones, así que ella sabía exactamente qué hacer. Golpeó sus cachetes para recuperar la compostura y comenzó a asistir el parto. Recolectó agua limpia del lago, esterilizó parte del establo y ayudó a halar las patas del ternero, hidratando constantemente la zona de salida. No obstante, pese a los cuidados y precauciones, el parto se alargó más de la cuenta. Jacinto estuvo a punto de rendirse varias veces, pero su nieta insistió en que podían lograrlo. Después de varias horas de arduo trabajo en equipo, el resultado fue un milagro de la naturaleza: una ternera saludable y carismática que yacía al lado de Estela, su madre.

Cortaron el cordón umbilical, trataron la herida del ombligo y bautizaron a la recién nacida Esperanza. A la mañana siguiente, el orgulloso campesino convocó a todos los vecinos del caserío para comunicarles la noticia.

Juanita devoró los libros de la biblioteca en pocos días. Su curiosidad aumentaba a medida que aprendía cosas nuevas sobre los páramos. Entendió que el oso andino era un excelente jardinero porque dispersaba las semillas de los frutos y esparcía el polen atrapado en su pelo. Por lo tanto, protegerlo significaba proteger los bosques del páramo, el agua del lago y todo aquello que consideraba su hogar. Para ella, los osos eran guardianes del equilibrio natural, y aunque en sus doce años de vida nunca había estado tan interesada en un animal, quedó cautivada por la belleza de esos majestuosos mamíferos. Mientras leía sintió que estaba descubriendo un nuevo mundo, el cual no quería parar de estudiar.

Cuando los demás campesinos se enteraron del nacimiento de Esperanza, le recomendaron a Jacinto viajar a la ciudad para conseguir concentrado de la mejor calidad. Fueron cinco días en los que él y su nieta cambiaron la tranquilidad del páramo por la acelerada vida citadina, así que sintieron un gran alivio al volver a la pequeña granja.

El día del regreso, Jacinto se dirigió al pastizal donde descansaban sus animales. La ausencia de cercas le daba una mayor libertad de movimiento a las vacas y ampliaba el área

de alimentación. Él creía que ese era uno de los secretos de la calidad de su ganado, por lo que mantenía dichas condiciones incluso cuando se iba de viaje por varios días. Sin embargo, la confianza en sus métodos se diluyó súbitamente al percatarse de que Esperanza no se encontraba en el pastizal. Preocupado, buscó indicios de algún depredador, pero no encontró nada. Se adentró en el bosque del páramo, esperando que la ternera solo estuviese perdida, mas solo halló las huellas de cuatro patas junto a los restos de unas puyas, que parecían haber sido consumidas recientemente. Aunque nunca había visto esas huellas antes, eran fácilmente reconocibles: tenían que pertenecer a un oso.

Jacinto comenzó a seguir el rastro sigilosamente. La persecución lo llevó al lago, donde percibió un fuerte olor a carne en descomposición. Cuando alzó la mirada para ver lo que había al otro lado del cuerpo de agua, su mente se quedó en blanco. Un sudor frío y pesado recorrió todo su cuerpo, haciéndolo caer lentamente de rodillas. Frente a él estaba el cadáver de Esperanza, parcialmente devorado y aún con la sangre fresca. Alzó la mirada en busca de respuestas, pero solo pudo distinguir una enorme masa de pelo con el rabillo del ojo. La masa tenía un rostro totalmente oscuro y se perdió rápidamente entre los encenillos. En ese instante, el sudor frío se convirtió en transpiración intensa, provocada por una avalancha de ira que sepultó por completo el raciocinio del campesino.

Jacinto regresó con prisa a la granja y cruzó el pastizal hacia la cabaña. Tomó la vieja escopeta y ascendió ágilmente hasta el lago. Juanita, quien estaba leyendo en su habitación, se dio cuenta de la aparición fugaz de su abuelo y lo siguió hasta el bosque. Mientras caminaba por la hojarasca con paso firme y veloz, Jacinto probó el gatillo e introdujo las balas en el arma. Al llegar al cuerpo de agua volvió a ver una enorme masa de pelo. Esta vez, el animal estaba alimentándose con los restos de su querida ternera.

Se escucharon dos disparos.

Jacinto caminó lentamente hacia el cuerpo inerte de su víctima y sonrió por la satisfacción de haber vengado la muerte de Esperanza; pero, inmediatamente, su sonrisa se convirtió en una expresión de terror. El cadáver del animal peludo tenía un rostro con manchas blancas en forma de anteojos, no era totalmente oscuro como el que había visto escapar entre los encenillos. De repente, dos pequeños oseznos salieron de los arbustos de puya y se acercaron con timidez. Al comprobar el estado de su madre, comenzaron a gruñir desesperadamente junto al cadáver y le lamieron las heridas.

Jacinto permaneció inmóvil ante la desgarradora escena. Las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos cuando escuchó una voz desconsolada detrás suyo:

—¡Abuelo! ¡Esa es...! ¡Es mamá osa! ¿Por qué...? ¡¿Por qué lo hiciste?!

Sin tener respuesta a esas preguntas, abrazó fuertemente a su nieta y aceptó los golpes de rabia en su pecho. Su vista se perdió en la quietud del lago mientras los gruñidos melancólicos resonaban en sus oídos.

El fuerte sonido de los disparos alertó a los vecinos del caserío y la noticia no tardó en propagarse por las cercanías del páramo. Al enterarse de los acontecimientos, el profesor de Juanita llamó a las autoridades ambientales y fue a la pequeña granja para conversar con el abuelo de su alumna:

—Don Jacinto, lo que ocurrió fue un accidente desafortunado porque los osos andinos solo comen carroña de vez en cuando y no depredan animales vivos. Probablemente, la ternera se perdió en el bosque del páramo y el primer oso la encontró muerta. En cambio, la osa que usted atacó debe haber seguido el olor de la carne y las huellas del otro oso.

En aquel momento, una caravana de vehículos se estacionó cerca de la granja. Ante las miradas atónitas del profesor, la niña y su abuelo, un grupo de expertos se dirigió al lago, tomó muestras de ADN, recogió a los oseznos y se llevó el cuerpo de mamá osa. En medio de la confusión, el trío de espectadores se enteró de que el cuerpo sería trasladado al museo de colecciones biológicas más cercano. Además, escucharon que el oso andino se encontraba amenazado por los incidentes de caza y la fragmentación de los páramos. Por lo tanto, aquel suceso trágico significaba una enorme pérdida para la especie.

Cuando las autoridades se marcharon, el silencio volvió a la granja. Juanita se preguntó si los oseznos podrían regresar a la naturaleza en ausencia de una madre que les enseñara a sobrevivir. Al mismo tiempo, Jacinto trató de imaginar qué habría pasado si hubiese puesto una cerca en los límites del pastizal y si hubiera entendido antes que el oso andino era su gran aliado, el guardián del páramo.

Spectacled Footprints



Juan Sebastián Lozano Fandiño

Translation by Danitza Erzisnik Traducciones

The animal emerged on the shore of the lake. Juanita hid behind an old encenillo tree and put a hand over her mouth to suppress a scream. With her heart thumping in her chest, she gazed at the huge mass of dark hair cooling off in the lake. The furry animal had white spots on its face, which made it look as if it was wearing spectacles over its black eyes. No creature with a look that comical could be dangerous, she thought. She took a deep breath and pushed her glasses, fogged by sweat, up her nose. She did not like them and had never worn them to school for fear of being teased by her classmates; but at that instant, while laughing silently behind the thin tree, she felt that her glasses were not such a bad thing.

The animal moved away from the lake at a steady four-legged pace across the wet ground of the paramos. As it reached its burrow, two little furry babies peeked out among the leaves, branches, and soil of the rocky shelter. Juanita, who had followed the footprints on the leaf litter, was surprised to see that this imposing creature was actually a mother. She watched as the family gorged on a feast of leaves and got scared when the little

ones climbed very tall trees in search of fruits. Just before the sun went down she returned to the lake and carefully walked the steep road towards her grandfather's farm. Her eyes were glowing under her glasses at the vivid memory of that thrilling encounter.

Juanita's home was in a village of five neighbours whose houses were at the foot of the paramos. There she lived with her grandfather Jacinto, on the smallest and most productive farm in the village. Its fertile potato crops and high-quality livestock were famous in the surrounding villages. However, despite the success of his farm, Jacinto was worried that no calves had been born in the past year. He had spent most of his savings on fertility treatments to get Estela, his favourite cow, pregnant, and after several months of effort and investment, she had finally fulfilled her destiny.

When she arrived back at her room in the old farm cabin, Juanita drew a picture of the mother of the charismatic trio she had seen high up in the paramos. The next day she put on her glasses, took the drawing to school and showed it to her teacher, who smiled with excitement when he saw it.

'Did you know that this big, hairy animal you drew is the Andean bear? Although it lives in our paramos, it usually avoids humans. You were very lucky to see it!' he exclaimed enviously.

Glad to know at last what the impressive spectacled creatures she had seen the day before actually were, she asked her teacher

to tell her more about them. So they sat together at a library table with a pile of books – wildlife encyclopaedias and books of tales about local biodiversity. Juanita closely inspected the drawings while the teacher told her about the bear.

‘Although the one you found had spectacles, there are individuals of that species whose face is completely dark. But people know them as spectacled bears because of those white spots around their eyes, which are unique to each individual.’

‘But teacher, if they live in our paramos, why have I never seen them before?’

‘That’s because they’re solitary and shy. They love to eat tree fruits and also bromeliads. Some specimens even consume rotten meat from dead animals occasionally, but they prefer to stay away from farms and healthy livestock.’

‘What a pity, I would like to see them again,’ Juanita sighed.

‘You may find them eating leaves near the lake, but remember not to get too close. If you scare them, they may not return to that place.’

Juanita pouted, provoking a laugh from the teacher. ‘Silence!’ hissed the librarian, and they apologised. The orange light of the sunset was sneaking through the library window, so Juanita said goodbye to the teacher, borrowed two books about the Andean bear and returned to the farm jumping with joy. However, her mood was shattered when she heard her grandfather in the stable shouting for help. When she opened the door, she was

surprised to see something unreal through her fogged-up glasses: the longed-for birth was happening!

Jacinto had prepared his granddaughter well for situations like this, so she knew exactly what to do. She slapped her cheeks to regain her composure and applied herself to the birth. She collected clean water from the lake, sanitized part of the barn and helped pull the calf’s legs, while constantly moisturizing the exit area. Despite their care, the birth lasted longer than normal, and Jacinto nearly surrendered several times, but his granddaughter insisted they could do it. After several hours of hard teamwork, the result was a miracle of nature: a healthy, charismatic calf lying next to Estela, her mother. They cut the umbilical cord, treated the navel wound and named the newborn Hope. The next morning the proud farmer called all the neighbours of the village to tell them the news.

Juanita read both the library books in just a few days. Her curiosity increased as she learned new things about the paramos. It seemed the Andean bear was an excellent gardener because it disseminated the seeds of the fruits and spread the pollen trapped in its hair. So protecting it meant protecting the forests of the paramo, the water of the lake and everything she considered her home. For her, bears were guardians of the natural balance, and although twelve years old she had never been particularly interested in animals, she was captivated by the beauty of these majestic mammals. As she read she felt she

was discovering a new world, and she was passionate to learn more.

When the other farmers heard about Hope's birth, they recommended Jacinto should travel to the city to get the best-quality feed. For five days Jacinto and his granddaughter swapped the tranquillity of the paramo for the fast-paced city life, so it was a great relief when they returned to the small farm.

On their return Jacinto went to the pasture where his animals grazed. The absence of fences gave greater freedom of movement to the cows and expanded the feeding area. He believed that this was one of the secrets to the quality of his cattle, so left them to roam even when he went on a trip for several days. However, he suddenly lost confidence in his methods when he realized that Hope was not in the pasture. Worried, he looked for signs of a predator but found nothing. He went into the forest, hoping that the calf was merely lost, but he found footprints next to the remains of leaves which seemed to have been eaten recently. Although he had never seen those footprints before, they were easily recognizable: they had to belong to a bear.

Jacinto followed the trail stealthily. The chase took him to the lake, where he sensed a strong smell of decaying flesh. When he saw what was beside the lake his mind went blank. He broke out into a cold sweat and fell to his knees. In front of him was Hope's corpse, partially devoured and covered with fresh blood. As he looked about him for answers he caught sight of a huge

mass of hair out of the corner of his eye. The mass had a totally dark face and was quickly lost among the encenillos. At that moment, the cold sweat turned hot, provoked by a rush of anger that completely overwhelmed the farmer's reason.

Jacinto hurried back to the farm and crossed the pasture towards the cabin. He grabbed his old shotgun and rushed back to the lake. Juanita, who was reading in her room, noticed her grandfather's fleeting appearance and followed him into the woods. As he strode through the leaf litter Jacinto broke the gun and loaded both barrels. Arriving at the lake he saw a huge mass of hair again. This time, the animal was feeding on the remains of his beloved calf.

There were two shots.

Jacinto slowly approached the inert body of his victim with a smile, content to have avenged Hope's death. But at once his smile turned into an expression of shock. The corpse of the furry animal had a face with white spots in the form of spectacles; it was not totally dark like the one he had seen escape through the encenillos. Suddenly, two little cubs came out of the bushes and approached the corpse shyly. Realising their mother's condition they growled desperately and licked her wounds.

Jacinto stood motionless before the harrowing scene, tears in his eyes. He heard a heartbroken voice behind him:

'Grandpa! That's mama bear! Why...? Why did you do it?'

Jacinto had no answer. He hugged his granddaughter tightly as she beat out her rage on his chest. He gazed unseeing at the stillness of the lake as the distraught growls echoed in his ears.

The sound of the shots had alerted the neighbours and the news soon spread around the paramos. Juanita's teacher called the environmental authorities and went to the small farm to talk with his student's grandfather.

'Don Jacinto, what happened was unfortunate, because Andean bears only eat carrion from time to time and do not prey on live animals. The calf was probably lost in the forest and the first bear found it dead. The bear you attacked must have followed the scent of the meat and of the other bear's tracks.'

At that moment a caravan of vehicles arrived at the farm. To the amazement of the teacher, the girl and her grandfather, a crowd of experts went to the lake, took DNA samples, collected the cubs, and took the corpse of mother bear. Amid the bustle the trio learned that the corpse would be transferred to the nearest natural history museum. The experts told them that the Andean bear was threatened by hunting accidents and the fragmentation of the paramos. Tragic events like this meant a huge loss for the species.

When the authorities left, silence returned to the farm. Juanita wondered if the cubs could return to nature in the absence of a mother who could teach them to survive. At the same time Jacinto tried to imagine what would have happened

if he had put a fence on the edge of the pasture. He had finally understood that the Andean bear was his great ally, the guardian of the paramos.